RECUERDO NECROLOGICO
DEL SR. D. EUGENIO UBEDA ROMERO

Secretario Vitalicio que fue de la Academia de "Alfonso X el Sabio"

Fallecido el 31 de Marzo de 1964

Al cerrar este número de nuestra Revista, consagrado todo él a honrar la memoria del docto humanista murciano del s. XVII, Licenciado Francisco Cascales, hallamos que no está ya con nosotros, cuidando de su edición, uno de los más entusiastas y tenaces incubadores de la publicación de la misma; el que abanderó desde el primer momento la iniciativa de celebrar el centenario del afamado retórico y clásico preceptista, de un modo perdurable y digno de la conmemoración, apenas alboreaba la proximidad del mismo.

En la primavera del año decurrente de 1964, de inopinado modo, rápido y alevoso, una dolencia de avieso pronóstico, se presentó acometiendo la naturaleza, fuerte al parecer, de nuestro compañero y Secretario vitalicio, Don Eugenio Ubeda, acabando con su preciada existencia en un corto plazo, después de empleados inútilmente los oportunos remedios médico-quirúrgicos,, y derribando la corpulenta energía de su persona que parecía conservar savia juvenil, sin que pudiera presentirse un tan pronto agotamiento.

Fue para todos, sus deudos y amigos en general, un inesperado sobresalto la declaración, seguida de veloz progreso, de su mortal enfermedad. Esta ingrata sorpresa, y los múltiples lazos de relación y simpatía que lo vinculaban a muchas gentes, sobre todo en la esfera educativa, pedagógica y cultural, hicieron estallar en unánime y ostensible condolencia, a sus amigos, colegas y discípulos de la ciudad y la provincia; y la funérea escena de la entrada y salida de su ataúd en la casa Escuela del Magisterio que él dirigió, es tarda de olvidarse.

No porque la hora del deceso se crea la obligada de las alabanzas, sino porque el finado Sr. Ubeda, en vida y en muerte las mereció, quisiéramos exaltar aquí, en unas escasas líneas, sus prendas, méritos y virtudes.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Lorquino de nacimiento, de los sesenta y siete años que al morir contaba, había pasado la gran mayoría en Murcia capital, donde fue recriado y donde su padre residió muchos años desempeñando un cargo de funcio nario de la Diputación Provincial. Aquí estudió con aprovechamiento, en la Escuela Superior del Magisterio, su carrera que, acreditándose de inteligente y aplicado, lo llevó a Profesor numerario de la Sección de Letras de Escuelas Normales en 1924, desempeñando cátedra en ésta y alcanzando sucesivamente los cargos de Bibliotecario, Secretario y últimamente de Director.

Su vocación docente, aun no habiendo sido sometida a la forja universitaria, fue metódica, tenaz y perseverante, habiéndose revelado en todos sus actos y direcciones un decidido y entusiasta amor por la enseñanza pasiva y activa, como estudiante y como profesor. Fue su ilusionado deseo llegar a la cátedra, y preferentemente a la que últimamente ha desempeñado; la de Pedagogía. En el cultivo de ésta ,no solamente se empleó en sus clases, sino en la organización de cursillos especiales de Metodología, de Higiene Mental y otras materias educadoras. Escribió un tratado de «Pedagogía fundamental» con nociones de Metodología General, que sirvió de adecuado y excelente texto escolar para sus alumnos. Fue diferentes veces miembro de Tribunales de oposiciones a Escuelas y mereció por sus servicios en este orden pedagógico llegar a ser nombrado por el Ministerio Inspector Central de Escuelas del Magisterio. Empleando útilmente sus raros descansos organizó entre los alumnos cuadros escénicos y grupos teatrales que dieron representaciones públicas de afamadas obras en fiestas benéficas o simplemente culturales. Ardía en él la inquieta llama de enseñar, de hace saber y despertar afición en la juventud a las Letras y las Ciencias.

Otro de los amores impulsivos de Ubeda fue el que sintió por la belleza, costumbres y poesía de la tierra murciana en la que creció y vivió. Tenía deleitosa y tenaz afición por las fiestas regionales y locales, por el cultivo de las tradiciones populares de la huerta, por su literatura panocha rebosante de humor e ingenio. Alguna vez la cultivó y siempre la fomento entre los demás, con vistas a los «Bandos de la Huerta» y a las que él llamó, al organizarlas, Fiestas de exaltación murciana. Más de una vez montó en los escenarios zarzuelas de costumbres típicas, que hacía representar; como una memorable función de «La Parranda» de Ardavín y Alonso, a beneficio de las obras del santuario de nuestra Patrona. Daba en sus estudios y escritos preferencia a los temas murcianistas; y en su labor concejil, siempre que pudo, simultaneó con las manifestaciones de su diligencia por las cuestiones pedagógicas y problemas de cultura, la celebración de las más salientes conmemoraciones de la historia y personajes murcianos.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

No sabemos si origen o consecuencia de ese su acendrado murcianismo, era en él una devoción arraigada y entusiasta por la Virgen de la Fuensanta y las cosas y empresas a Ella relativas; siendo de recordar su participación personal y asidua en las romerías consuetudinarias del año; su promoción y actividad en los cultos y novenarios de verano, en la Iglesia de la Patrona en el monte, junto a la cual pasaba largas temporadas de vacaciones; su intervención en las memorables jornadas de la Coronación de la imagen de la Señora en el año 1927; y en fin, su espiritual y aún corporal aproximación a todo lo concerniente a tan dulce Señora en su advocación adorable para nosotros, que le hizo sufrir o intensificar su persecución policíaca en los aciagos días de la guerra roja española por los monstruosos enemigos que buscaban el paradero de la bendita imagen, compendio de la fé católica de nuestra ciudad y vega, para destruirla o hacerla desaparecer. Valientemente resistió Eugenio Ubeda el acecho y los interogatorios de que en aquella ocasión fue objeto, como señalado defensor de las devociones fuensantinas; y es de esperar que por ello lo haya premiado la Virgen nuestra en la hora de su muerte.

Una faceta muy peculiar y localista tuvo también la notoria religiosidad de nuestro encomiado, y fue su personalidad *nazarenil* en la Semana Santa murciana. El, como su buen padre, con varios amigos como los Sres. Carmona, Castelló y otros, un poco influídos por el carácter y boato de los desfiles procesionales de Lorca, y deseando añadir uno más al conjunto de los murcianos, idearon y fundaron aquí la Cofradía de Cristo Nuestro Señor Resucitado; procesión de flor blanca, alegría, campanillas y albas y doradas túnicas formada para la mañana del Domingo de Pascua; estableciéndola primeramente en la Iglesia de la Merced, y después en la Parroquial de Santa Eulalia. Era de ver y admirar la incomparable actividad que en su organización desplegó el Sr. Ubeda, erigido en Hermano Mayor o Presidente de dicha moderna Cofradía, ya indefectiblemente incorporada a la nutrida Pasionaria murciana actual. A sus decisiones y desvelos, y a su buen gusto se debe la escultórica labor del Resucitado titular, con el bello Angel junto a la losa sepulcral («El Angel de Planes» por parangón o contraposición con el famoso de Salzillo), obra muy acertada del laureado artista y académico, nuestro paisano.

Como hombre dinámico y buen patriota, sintió la política, en su aspecto objetivo de laborar por el bien y el progreso común y nacional en la limitación de su esfera, y aceptó ser concejal y teniente de alcalde de nuestro Ayuntamiento, entregándose de lleno en sus cuatro años últimos a la vida y agitación municipales, ocupándose en la Comisión de Cultura Pública que presidió, de la ampliación, dotación y limpieza de escuelas primarias en nuestro término, de la mejora de locales y su higiene, de estimular a los maestros el generoso cumplimiento de sus deberes, incrementando las campañas de alfabetización de adultos, comedores infanti-

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

les y demás afanes pedagógicos. Además de ésto aumentó cuanto pudo las becas y la protección a los artistas. Todo esto contando materialmente con la asistencia y ayuda de la Alcaldía y la Corporación, a los que fácilmente con su simpático fervor persuadía.

Nos resta, en su debido homenaje, ponderar y valorar su labor personalísima y constante en nuestra Academia murciana de «Alfonso X el Sabio». Esta lo eligió miembro y Secretario en 1954, en ocasión en que este cargo tenía en sí pesadas incumbencias, por haber estado prácticamente vacante, desde antes de la muerte del Secretario anterior, por larga enfermedad de éste. En tal coyuntura asumió el Sr. Ubeda las funciones propias del cargo, y pronto vióse su eficiencia en la normal redacción y cronologización de las Actas, cuentas y balances que permitió a la Academia seguir desenvolviéndose con toda precisión, acometer ediciones de su Revista y libros diversos y ver coronada la publicación tardía de obras importantes que parecía no habrían de llegar a editarse nunca. Lo mismo bajo la Presidencia inolvidable del fallecido Doctor Pérez Mateos que durante la del actual Sr. Virgili, ha gozado este malogrado Secretario de la confianza y el aliento de todos los Académicos, que rememorarán por mucho tiempo los esfuerzos y vigilias que el Sr. Ubeda consagrara al I Congreso de Estudios Murcianos de 1960, reunión sabia y selecta de notables especializados que aportaron brillantes trabajos e investigaciones, algunas de ellas trascendentales, para el conocimiento perfecto de la región murciana en varios de sus aspectos. La presteza, el orden, la eficacia y la crónica de todo lo acaecido en dicho Congreso fueron debidos en gran parte al dinamismo y particular tensión temperamental del extinto Secretario Sr. Ubeda, al que nuestra Academia y sus compañeros han de echar de menos y tener en memoria por tiempo prolongado.

Tan nerviosa y varia inquietud, derrochada por el finado desde sus años mozos, en que destacó entre la Juventud Católica, hasta los días de su vencido rendimiento, reclamaba ya un descanso y un relevo que la muerte no prevista ha convertido de temporal en eterno. Dios se lo haya hecho también feliz en su suprema compañía. El hombre todo presencia, atención y movimiento ya está, como Job el idumeo, dormido en el polvo; y para los que lo buscamos, ya no existe; reposa en muda quietud.

A. S.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"